
Posgrado y desarrollo en América Latina

Abelardo Villegas, compilador, *Posgrado y desarrollo en América Latina*, México, Unión de Universidades de América Latina, Colección UDUAL, 1992.

Ana Lilia Delgado Ibarra

Bajo los auspicios de la Unión de Universidades de América Latina y de la Universidad Central de Venezuela, se llevó a cabo el III Seminario Latinoamericano de Estudios de Posgrado en el mes de noviembre de 1991.

Cinco de los trabajos presentados durante el evento han sido rescatados y publicados por Abelardo Villegas, ya que corresponden a otras tantas experiencias con una misma preocupación: "La necesidad impostergable de reformar y orientar la actividad de los estudios de posgrado, para adaptarlos a las circunstancias actuales".

El análisis de las condiciones políticas, económicas y sociales de los países latinoamericanos sirve de

marco a las reflexiones que cada uno de los autores realiza para ubicar, en este contexto, el papel que desempeñan las universidades y el posgrado, y reconocerle a este tipo de estudios las posibilidades que tienen para contribuir al desarrollo socioeconómico y democrático de las naciones de América Latina.

Los trabajos publicados coinciden en señalar que las universidades latinoamericanas son tradicionalistas y profesionalizantes, que es necesario realizar cambios que permitan una vinculación más estrecha con la sociedad. Además, en que deben producir conocimientos científicos y tecnológicos que favorezcan el desarrollo y en que el posgrado, formador de investigadores por excelencia, debe vincular su trabajo a las necesidades sociales.

En el primer artículo, "Posgrado, desarrollo tecnológico y sector productivo en América Latina", Héctor O. Nava Jaimes asegura que la experiencia latinoamericana en los últimos veinte años muestra un indudable crecimiento de los sistemas nacionales de ciencia y tecnología y de la formación a nivel de posgrado; no obstante, ese crecimiento—en relación con el desarrollo de los países—ha sido evaluado, por lo general, en términos negativos.

En su opinión, el posgrado creció con la finalidad de resolver una formación de nivel profesional

cada vez más deficiente y tuvo su principal impulsor en las exigencias credencialistas del más importante mercado de trabajo que se abrió a los académicos: la docencia a nivel superior.

Por su parte, el crecimiento de los centros de investigación en las instituciones académicas permitió espacios de desarrollo profesional para ciertas formaciones que no tenían otro mercado de trabajo: matemáticas, química, física, ciencias sociales. Pero el trabajo enfocado a la solución de problemas nacionales fue realmente muy escaso.

El impacto de este crecimiento en el desarrollo latinoamericano — en particular la transformación y el mejoramiento de las condiciones de vida de la población— es, por lo general, negativo, ya que las relaciones entre ciencia y tecnología no son lineales ni unívocas, menos aún lo son las relaciones entre el mundo académico y el productivo, entre la investigación y el desarrollo.

De ahí que sea indispensable, según el autor, que los programas científicos y tecnológicos nacionales sean parte de los grandes objetivos sociales y culturales que imponen las exigencias democráticas de nuestro tiempo.

El establecimiento de nuevas relaciones entre la investigación, el desarrollo tecnológico, la formación de recursos humanos de

alto nivel y la transformación equitativa de la economía de un país debe considerarse como el fin más importante en la estrategia del desarrollo nacional.

Nava Jaimés destaca la importancia de la tecnología en un marco de desarrollo mundial y puntualiza la importancia de la vinculación entre la industria y los centros de investigación; asimismo, llama la atención sobre las consecuencias de un desarrollo tecnológico que no considere las condiciones sociales particulares de cada país.

En el artículo “La mecánica del saber. La producción de conocimientos en América Latina y el Caribe”, Orlando Alborno asegura que más que el problema del posgrado en sí mismo, le preocupa la discusión del problema del saber y de su producción. Señala que es un error afirmar que el progreso y evolución del saber, en la región, está vinculado al desarrollo de los estudios de posgrado.

Alborno afirma que para que éstos sean verdaderamente generadores de conocimientos, deben estar vinculados no sólo a la totalidad de la organización académica de una universidad, sino a la sociedad en donde éstos se desarrollan, a una cultura y a una manera de ser, pues de lo contrario los estudios de posgrado se dirigen hacia el simple credencialismo, donde la credencial se convierte en

el objetivo y no en el saber en sí mismo.

Ante la internacionalización del saber, el autor considera necesario que las universidades de Latinoamérica estimulen el desarrollo de procedimientos endógenos para producir ciencia, pues toda transferencia de los modelos de saber genera dominación científica y tecnológica.

Para concluir, señala que si se quiere hacer ciencia en sociedades como las del Tercer Mundo, se deben abordar en forma científica los problemas que les son característicos, y dejar de copiar técnicas o planes de estudio de los países industrializados.

El desarrollo del posgrado no puede ser visto, entonces, como un nivel aislado de un sistema escolar, sino como elemento de un complejo mecanismo del saber, relacionado con los grandes problemas del país y de la región, aunque su objetivo no sea solucionarlos, pero sí conocerlos.

“Autonomía y vinculación: un caso de posgrado frustrado”, de Ignacio Sosa, tiene como preocupación central destacar la relación entre el Estado y la autonomía de las instituciones de educación superior en México.

Para ello, lleva a cabo una revisión de las distintas etapas del desarrollo y las demandas que el Estado ha planteado a la universidad, caracterizándola como

tradicional y profesionalizante, por su estructura y los valores que profesa.

Ante las características que presenta la universidad mexicana, el autor señala que ésta difícilmente puede cumplir con las responsabilidades que le asigna la sociedad, entre ellas la de formar los recursos humanos con capacidad de investigación que respondan a los perfiles requeridos por las condiciones de la industrialización.

Y considera que debido a que el ambiente de libertad y crítica que estimula la autonomía universitaria ha sido utilizado fundamentalmente para la crítica de lo que ocurre fuera del *campus* universitario y muy poco para proponer cambios académicos, difícilmente podrá alcanzar la “modernidad”, que significa considerarla un medio para alcanzar desarrollo. Por tal motivo, sugiere poner énfasis tanto en la investigación como en la aplicación de ésta y adecuar los medios para obtener los fines perseguidos.

Después de una breve descripción de las formas en que actualmente se organizan los estudios doctorales, Enrique Navarro Farrán, en el trabajo “El doctorado individualizado. Una modalidad para la formación de investigadores”, propone los “estudios doctorales individualizados”, cuyos elementos esenciales son la libre

disciplinaridad y la deslocalización de los estudios, otorgándole una alta responsabilidad al aspirante o individuo objeto del plan específico.

Este tipo de programa no requiere de un plan de estudios específico, ni la adscripción de personal docente ni de proyectos de investigación, lo que requiere es de una normatividad bien elaborada y francamente orientadora, la cual ha de aplicarse escrupulosamente.

El autor señala que sería un comité académico quien defina esta normatividad. Aparentemente podemos suponer que se trata de un sistema tutorial, sin embargo esto no queda debidamente especificado.

En el último artículo publicado, "Posgrado, ciencia y desarrollo en América Latina: una visión humanista", Víctor Morales, a partir del análisis de las condiciones sociales, económicas y políticas del mundo y de Latinoamérica, destaca el desarrollo que en esta región han tenido las universidades y el posgrado.

Este último, dice, es artificial, elitico, irrelevante, improductivo, marginal e innecesario. Y ello es así, quizás, porque es incipiente, porque nuestro sistema económico es atrasado, con una industria

ajena; porque no se han conformado, todavía, como sistemas nacionales de posgrado ni se guían por políticas explícitas.

Su impacto social es muy bajo, aunque su crecimiento es rápido; es reducida su productividad científica y escasa su vinculación con el sector productivo. Ante esta situación, propone—entre otros puntos— asignar a los programas de posgrado, como objetivo prioritario, la creación científica, técnica y humanística, lo cual implicaría su vinculación con la realidad nacional y con los sectores económico, cultural y de servicio; conformar estructuras académicas de posgrado dinámicas y flexibles, que adopten problemas nacionales o regionales relevantes como su eje de acción.

Ciertamente las reflexiones que encontramos en cada uno de los artículos proporcionan elementos sustantivos no sólo para entender la situación que caracteriza a las universidades y en particular a los estudios de posgrado, sino para valorar la trascendencia e importancia que pueden tener en los países de América Latina, si es que se superan las limitaciones e ineficiencias con que en la actualidad se diseñan y llevan a cabo.